

Homenaje al doctor Manuel Carpio, en el CL aniversario de su fallecimiento

Fermín Athié-Gallo^{a*}

^a Pichualco 243, México D.F., México

RESUMEN

Este año se conmemora el centésimo quincuagésimo aniversario del fallecimiento del doctor Manuel Carpio (1791-1860), oriundo de Cosamaloapan, Veracruz. El espíritu con el que se investiga y practica la medicina en México no estaría tan dotado de humanismo sin las aportaciones de don Manuel Carpio, médico que dedicó su vida a la academia y a la investigación, dejando de lado la medicina tradicionalista para dar el paso decisivo a la medicina anatomopatológica. El presente trabajo pretende plasmar el carácter del doctor Carpio, forjado en un México emergente donde la medicina apenas salía de las tradiciones atávicas.

Palabras clave:

Historia de la medicina, historia del siglo 19, humanismo

SUMMARY

This year marks the 50th anniversary of the death of Dr. Don Manuel Carpio (1791-1860), native Cosamaloapan, Veracruz, Mexico. The spirit that is researched and practiced medicine in Mexico would not be so gifted with humanism, without the contributions of mister Carpio, doctor who devotes his life to academia and research, putting aside traditional medicine, to take the decisive step to anatomic-pathological medicine. This paper aims to capture the character of Dr. Carpio, forged in an emerging Mexico, where medicine just left behind atavistic traditions.

Key words:

History of medicine, 19th Century History, humanism

El espíritu con el que se investiga y practica la medicina en México no estaría tan dotado de humanismo sin las aportaciones de don Manuel Carpio (1791-1860); médico por vocación, académico por merecimiento propio, maestro por naturaleza, político por convicción, poeta por sentimiento y mexicano por excelencia.

Al conmemorarse el centésimo quincuagésimo aniversario de su muerte, nace el ingente deseo de hacer saber a los mexicanos la deuda que tienen con quien dio a la medicina mexicana el carácter que hoy ostenta, y de expresar admiración y respeto por una persona que sin haber contado con los medios necesarios, arrancara de una incipiente escuela de medicina el precario conocimiento con el que entonces se contaba.

No se pretende convertir esta participación en una biografía de Manuel Carpio, de la cual existen intentos sobresalientes que vale la pena leer y meditar, sino plasmar el carácter de un hombre que estudió, ejerció y proyectó hacia un plano superior la medicina en un México que no lograba entonces asumirse como país, menos aún distinguirse por sus aportaciones a la ciencia cuando apenas se deletreaba el vocabulario de Hipócrates. Los pormenores de sus datos biográficos serán, por tanto, omitidos, con excep-

ción de aquellos que sirvan para ubicarnos en el espacio y el tiempo.

Su participación en política en ese México emergente que no terminaba de convulsionarse, distinguiéndose como diputado y senador en diversas ocasiones; su incursión en el estudio de la geología, la astronomía, la arqueología, la ciencia sagrada y las bellas artes; sus aportaciones a la poesía, que le hicieran merecedor de ser llamado el *Padre del Romanticismo Mexicano*, no obstante que en la actualidad su obra haya sido ignorada por la Secretaría de Educación Pública y las universidades y academias relacionadas con el ramo; haber sido integrante del jurado calificador en el concurso del himno nacional; miembro fundador de la Academia de Letrán (1836-1856); admirado por Andrés Quintana Roo y Guillermo Prieto, entre muchos otros; haber obsequiado a sus lectores los más placenteros ratos de solaz esparcimiento con la lectura de su poesía; y ser el maestro consentido de la Academia Nacional de San Carlos, cuyos alumnos erigirían un busto en su honor que ahí permanece, tendrán que dejarse en el tintero, no sin antes evocar la vida aquella en la que alcanzaba el tiempo para todo esto y que traería a nuestro personaje enormes satisfacciones, al emplearlo en el engrandecimiento propio y en

*Correspondencia y solicitud de sobretiros: Fermín Athié-Gallo. Pichualco 243, Col. Jardines del Ajusco, Del. Tlalpan, 14200 México D.F., México. Tel.: (55) 5645 1180. Correo electrónico: fathie06@yahoo.com.mx.

el de la patria, y de sugerir al lector involucrarse más en el conocimiento de los mexicanos que han dado a nuestro país motivos para seguirlo construyendo.

Nacido en Cosamaloapan, ahora de Carpio en su honor, en el estado de Veracruz, el octavo de nueve hermanos de una familia venida a menos a causa de la temprana muerte del padre, y que se había visto obligada a emigrar a la ciudad de Puebla en busca de oportunidades, fue instruido en el Seminario Conciliar de esa ciudad, donde sobresalió en los estudios de latín, artes, letras, filosofía y teología. No se sintió digno de ejercer el sacerdocio, dada la concepción tan alta que tenía de ese oficio; tampoco continuó con los estudios de derecho, por no satisfacer sus expectativas intelectuales; decidió estudiar medicina en el Hospital de San Pedro, cuya calidad académica era ínfima comparada con la de la Real y Pontificia Universidad de México, a cuyo acceso no pudo aspirar al no contar con los recursos económicos necesarios.

Ante la adversidad, aplicarse. Con el fin de adentrarse en el conocimiento, junto con otros estudiantes formó una academia particular de medicina, de la que fue nombrado presidente. Una vez que obtuvo el grado de bachiller (1823) recibió el reconocimiento del obispo don Antonio Joaquín Pérez, quien le otorgó una beca para ingresar a la Universidad de México, donde adquirió el título de Profesor de Medicina (1832). Apenas obtenido ese grado tradujo al español los *Aforismos y pronósticos* de Hipócrates, lo cual le acarrearía una serie de críticas por haberse atrevido a relegar el latín, lengua oficial para el estudio de la medicina. Él justificó su osadía al prologar la obra:¹

Poco satisfecho con las traducciones de los *Aforismos y pronósticos* de Hipócrates, unas por incompletas, otras por anticuadas, y todas por inexactas, me puse a la obligación de hacer una nueva que, libre de semejantes notas, pudiera ser útil a los profesores del arte. Moviome también a dar este paso, el deseo vivo que tengo de desterrar en lo posible un idioma, que leído y correcto en Cicerón, insinuante y mágico en Virgilio, es intolerable, fastidioso y repugnante en los colegios y universidades, donde, todavía se tiene la ridícula y quijotesca pedantería de hablar en una lengua cuyos idiotismos ignoran. No soy tan orgulloso que piense haber llevado la exactitud hasta el extremo: lo he procurado en todo, y si acaso no siempre he podido conseguirlo, atribúyase menos a mi descuido, que al lenguaje latino semibárbaro de los traductores de Hipócrates.

No conforme con lo anterior, don Manuel Carpio utilizó en la introducción la siguiente frase: "Hipócrates era hombre, y a veces se engañó como todos".² Frase herética para la época, que hacía eco en el derrumbamiento de las instituciones coloniales para ceder el paso a una corriente reformadora y novohispana que utilizaba el idioma como medio de cambio. José Bernardo Couto, biógrafo y amigo entrañable de Manuel Carpio, afirma: "El cuidado de seguir la ciencia en sus adelantos lo mantuvo hasta sus últimos días; aunque sin dejarse jamás deslumbrar con novedades".¹

Fue más allá de la práctica de la medicina tradicional. Sus ansias innovadoras lo llevaron a condenar las que resultaban perjudiciales y peligrosas, y aseveró que para cada mal existía un medicamento biológico. Se sintió influido por el

doctor Luis José Ignacio Montaña y participó en la transformación del método empírico en una enseñanza científica, descriptiva y de vanguardia. Por eso es considerado el artífice de la medicina científica en México y quien provocara la transición de la medicina colonial y tradicionalista en grado extremo a la medicina científica, al eliminar el concepto humoral e introducir el anatomopatológico,² modificando así un importante paradigma médico. Además, Manuel Carpio fue el primero en el país en realizar estudios e investigaciones con un microscopio.

Ávido siempre de transmitir sus conocimientos, formó parte del profesorado del Establecimiento de Ciencias Médicas (1833), entidad que tenía las atribuciones de la extinguida Facultad Médica del Distrito Federal, y se hizo cargo de la cátedra de Fisiología e Higiene. Incorporó nuevos conceptos en la fisiología al sentirse motivado por las investigaciones y pensamientos de Thomas Sydenham, Xavier Bichat y François Magendie. Depuró las cátedras influido por las teorías de Brown y François Broussais, que consideraba nocivas. Bernardo Couto lo entendió como nadie pudo haberlo hecho:³

Oyólas con precaución, púsolas luego al crisol de la observación y el raciocinio, no tardó en decidirse contra ellas. Ni se contentó con desecharlas para sí; sino que persuadido de que además de falsas, eran nocivas, las atacó de todas maneras; en escritos científicos, en la conversación familiar, hasta con el arma del chiste.

Baste el siguiente epigrama, especialidad de don Manuel:⁴

Método de nuestros días
Luego que algún mal asoma
Agua de malvas o goma
Sanguijuelas o sangrías
Y que el enfermo no coma

Sobre la homeopatía, don Manuel lanzó el siguiente juicio:⁴

Si Hannemann con sus dosis microscópicas ha creído curar las enfermedades, ha cometido un error inexcusable, pero si con su método ha querido solamente obrar sobre la imaginación de los enfermos reduciéndolos en realidad a la medicina expectante, es digna de admirarse su destreza, y a veces de imitarse.

De no haber sido por don Manuel Carpio y el profesorado en su conjunto, el Establecimiento de Ciencias Médicas hubiese tenido que cerrar definitivamente sus puertas debido a que la situación política prevalente en la época le impedía cumplir su cometido. Sin recursos, sin un lugar adecuado y sacrificando hasta el salario, continuaron impartiendo sus cátedras hasta que reabrió sus puertas. Carpio lo hizo hasta que lo sorprendió la muerte.

Su reputación como médico iba en aumento, pero en lugar de ejercer la medicina privada decidió dedicarse a la vida académica. Fue miembro fundador de la primera Academia de Medicina, y en numerosas ocasiones presidente y secretario; sus dotes de literato lo llevaron a editar el periódico de la Academia; fue miembro de la Comisión Nacional de Estudios y vicepresidente del Consejo Superior de Salubridad; impartió, además, la cátedra de Anatomía en la Academia Nacional de San Carlos de México (hoy Escuela Nacional de

Artes Plásticas); el escaso tiempo que le sobraba lo dedicaba a atender gratuitamente a enfermos de escasos recursos, lo que le mereció este comentario de Couto:³

Bondadoso é indulgente, como he dicho, con los enfermos, jamás sin embargo lisonjeaba, ni mentía, ni halagaba manías; que todo eso era incompatible con la mesura y gravedad de su carácter. Algunos libros se han escrito de moral médica: creo que bastaría por todos uno que contase cómo ejercía Carpio su oficio.

Y también de Luis Ramón Bustos:⁵

...Mírenle allí: solitario, ensimismado, taciturno y juicioso, leyendo a la luz de moribunda bujía algunos de los hermosos versos del "Salterio". Es un fantasma extraviado en el rencoroso presente. Sabe lavar el corazón con versos sencillos, restaura cuerpos maltrechos con tónicos unciosos (sic). Es, apenas, un hombre de Dios.

En 1854, la Universidad de México le otorgó espontáneamente el grado de doctor, incorporándolo al gremio conforme a los estatutos, sin exigirle ninguna nueva prueba ni gastos; y seguidamente le confirió las cátedras de Higiene y de Historia de las ciencias médicas.

Buscaba la manera de educar a la población, por lo que escribió el libro *Medicina doméstica*, en el cual enseña los principios básicos de higiene, primeros auxilios y pequeñas intervenciones quirúrgicas con los elementos indispensables que existían en cualquier hogar de una familia mexicana. Texto de gran utilidad, especialmente en el campo y en lugares donde el acceso a la medicina resultaba prácticamente imposible. Su inapreciable estilo, dice Couto, demuestra "...dotes que parece imposible hermanar; suma claridad, suma exactitud, completa seguridad de doctrina; y al mismo tiempo nada de aparato científico".³

Guillermo Prieto, en su libro *Memorias de mis tiempos*, en la parte correspondiente a la fundación y vida de la Academia de Letrán, dedicó una buena parte al carácter y a la prestancia de don Manuel Carpio, personaje de su extensa obra al que describe cabalmente (Figura 1):⁶

Estatura regular (plagio de su filiación de soldado), frente alemana y calva con un rosquete de cabello sobre la región frontal, ojos azules, apacibles y melancólicos, ropa holgadísima; frac, pantalón azul y chaleco blanco; continente grave, el cuello como embutido en su ancha corbata blanca. El habla clara y sentenciosa, con un acento especial. Tenía la manía de alzarse de la pretina los pantalones



Figura 1. Retrato de don Manuel Carpio que aparece en la edición de *Corona fúnebre*.

constantemente, cuando estaba de pie... tal era el doctor don Manuel Carpio... Sapiéntísimo médico, tenía conquistada su gloria científica; pero ni de ella ni de su gran mérito se envanecía...".

Agobiado y triste por la muerte de su esposa, Guadalupe Berruecos, y de su cuñado Rafael Berruecos, a quien tenía en muy alta estima, don Manuel Carpio murió el 11 de febrero de 1860, a las cinco horas. La ciudad se estremeció y lloró. Había perdido a un médico respetable y humano y a uno de sus poetas consentidos. "...Sus funerales fueron un duelo público, y seguramente no se hubiera hecho más con el primer hombre de la ciudad. Esas demostraciones, espontáneas todas, fueron el último tributo que pagó México a quien había sido uno de sus mejores ornamentos".³

Manuel Berganza y José María Marroquí escriben *Corona fúnebre del señor doctor don Manuel Carpio*:⁷

...La concurrencia del cortejo, presidida por los señores Rector de la Universidad y Director de la Escuela, fue uno de los más numerosos que pudieran verse. Compusieronlo los Colegios, Universidad, Academia de San Carlos, profesores de Medicina y de todas las ciencias, empleados del gobierno, varios Señores Generales, Ministros de la Suprema Corte de Justicia, y otras muchas personas distinguidas, de todos géneros, clases y opiniones políticas: luto universal y sincero, movido solo del amor y aprecio general de que gozaba el ilustre difunto... Dos de los miembros del Consejo Superior de Salubridad cubrieron la caja con un paño negro orlado de fleco y con borlas, en el cual en letras bordadas se leía: "El Consejo Superior de Salubridad...".

Sus restos fueron sembrados en San Fernando, después de que durante más de siete horas, funcionarios, académicos, músicos, escritores y poetas le rindieran homenaje a través de sus respectivas obras compuestas *ex profeso*. El Consejo Superior de Salubridad le dedicó un epitafio:

A la memoria del señor doctor don Manuel Carpio: admirable por su saber, envidiable por su virtud, sublime por su filantropía.

El Diario Oficial de la Federación anunció su muerte:⁸

DEFUNCIÓN. Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del señor Manuel Carpio, acaecida en la madrugada de antes de ayer. Célebre como poeta religioso y filosófico, el señor Carpio será llevado por los amigos de las bellas letras, y su nombre será un título de orgullo para México, cuya literatura le es deudora de importantes servicios. Muchos de nuestros jóvenes poetas debieron a sus consejos y a sus lecciones, el nombre que hoy tienen; ellos irán, como nosotros, a poner una flor sobre la tumba del memorable anciano, a cuya memoria consagramos estas líneas, como un homenaje de amor y de respeto".

Concluye diciendo:

Séale la tierra leve.

No puedo evitar transcribir un fragmento de *La cena de Baltasar*, uno de sus más reconocidos poemas, en el que se aprecia la impecable precisión de la rima y se siente el palpar nervioso de la guerra:³

...El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería

Se conmueve y agita sordamente,
 Cual negra tempestad que allá a lo lejos
 Brama y rebrama en la montaña umbría.
 Ya se aprestan de Persia los ginetes (sic),
 Sus fuertes armaduras centellean,
 Y encima de los cóncavos almetes
 Altos plumajes con el aire ondean.
 Ya se escucha el crugir (sic) de los broqueles,
 De la trompeta el bélico sonido,
 Y el bufar de los fervidos corceles,
 Y la grita de jóvenes bizarros,
 Y del sonante látigo el chasquido,
 Y el rodar de las ruedas de los carros...

Ése fue el señor doctor y poeta don Manuel Eulogio Carpio Hernández.

El autor de estas líneas es tataranieta del señor doctor don Manuel Eulogio Carpio Hernández, bisnieto del doctor Héctor Ángel Carpio Berruecos, nieto de María de los Ángeles Carpio Goríbar, e hijo de María Cristina Gallo Carpio.

Referencias

1. **Carpio, Manuel.** Aforismos y Pronósticos de Hipócrates, seguidos del artículo Pectoriloquo del Diccionario de Ciencias Médicas Traducidos al castellano, los primeros del latín, y el último del francés, Prólogo. 1era edición (vol. 1), México: Oficina de D. Mariano Ontiveros. 1823.
2. **Sanfilippo, José,** Historia y filosofía de la medicina. El hipocratismo en tiempos del Dr. Manuel E. Carpio. Facultad de Medicina. UNAM. 2005.
3. **Carpio, Manuel.** Poesías del Sr. Dr. Don Manuel Carpio. Con Su Biografía escrita por el Sr. Dr. Don José Bernardo Couto. 1860.
4. La Medicina Científica y el Siglo XIX Mexicano. Fernando Martínez Cortés. La Ciencia para Todos. Segunda Edición. México. Fondo de Cultura Económica. 1997.
5. **Bustos, Luis Ramón.** Hablando de Manuel Carpio. *La Crónica*. 26-06-2004.
6. Memorias de mis Tiempos. Guillermo Prieto. Segunda edición. Colección Sepan Cuántos. México. Porrúa. 1996.
7. Corona Fúnebre del señor doctor don Manuel Carpio. Manuel Berganzo y José María Marroquí. Biblioteca de la Benemérita Universidad de Puebla. México. Imprenta de Ignacio Cumplido. 1860.
8. Diario Oficial de la Ciudad de México. Defunción. 14-02-1860.